

este modo consigo su misma indemnización. Hubiera podido en rigor intentarse la expedición proyectada después de aquellos ocho meses de aprendizaje; sin embargo, para que todo estuviese dispuesto, para que el equipo y el armamento estuviesen terminados y nada dejase que desear la instrucción de los hombres de mar y tierra, convenía esperar aún seis meses.

Pero consideraciones muy decisivas, como la tardanza de la escuadrilla báltava que debía conducir el ala derecha mandada por el general Davout, exigían una nueva demora. Habiendo manifestado el primer cónsul su deseo de que le enviase la marina un oficial distinguido, le habían despachado al contraalmirante Verhuel, y prendado de la inteligencia y de la serenidad de este hombre de mar, solicitó que se le encargase de todo lo concerniente á la organización de la escuadrilla holandesa, lo cual se hizo conforme pedía, y comunicó en breve á dicha organización toda la celeridad deseada. Esta escuadrilla, dispuesta en el Escalda, debía ser conducida á Ostende, porque se había reconocido lo peligroso que era salir de puntos tan distantes como el Escalda y Boloña, y por último, había la esperanza de que pudiera pasar desde Ostende á Ambletusa y á Wimereux así que estuvieran concluidos estos dos puertos. De este modo debía resultar una ventaja inmensa, cual era la de levarse y dar la vela todos juntos, es decir, hacer salir ciento veinte mil hombres, quince mil marineros y diez mil caballos, de cuatro puertos situados al mismo viento y contiguos unos á otros. Pero para esto había que esperar aún varios meses, por requerirlo el equipo de la escuadrilla báltava y la conclusión de los puertos de Ambletusa y Wimereux.

Había otras dos porciones del ejército de invasión que no estaban dispuestas, y eran la escuadra de Brest, destinada á llevar el destacamento de Augereau á Holanda, y la escuadra holandesa del Texel, destinada á embarcar al cuerpo de veinte mil hombres acampado entre Utrecht y Amsterdam. Estos dos cuerpos eran los que, agregados á los ciento veinte mil hombres del campamento de Boloña, hacían ascender á ciento sesenta mil, sin contar los marineros, la fuerza total del ejército de invasión. Aún faltaban algunos meses para que las escuadras del Texel y de Brest estuviesen completamente armadas.

Faltaba por último proporcionarse la condición posterior del buen éxito, que el primer cónsul consideraba para su empresa como la certeza misma del triunfo. Aquellas naves, ya experimentadas, podían perfectamente atravesar las diez leguas del estrecho, puesto que la mayor parte de ellas habían navegado ciento y doscientas leguas para dirigirse á Boloña, y muchas veces con sus fuegos divididos y rastros habían respondido con ventaja á las descargas altas y reunidas de los navíos ingleses. Tenían la probabilidad de cruzarlo sin ser alcanzadas, ni aún vistas, ya durante las calmas de verano, ya con las brumas de invierno, y aun en el caso más desfavorable de verse expuestas á tener un encuentro con las veinticinco ó treinta corbetas, bergantines y fragatas de los cruceros ingleses, debían hacer la travesía sacrificando cien chalupas ó barcas de las dos mil

trescientas que componían la escuadrilla (1). Pero podía ocurrir el caso de que desapareciera toda malhadada probabilidad, cuando presentándose de improviso en el estrecho una grande escuadra francesa, ahuyentase al crucero inglés, dominase la Mancha por espacio de dos ó tres días, y protegiese el paso de nuestra escuadrilla. En este caso ya desaparecería toda duda, todas las objeciones alegadas contra la empresa se reducían á polvo, á menos de ocurrir una tempestad imprevista, accidente poco probable si se elegía bien la estación, y por otra parte caso enteramente fortuito y ajeno de todo cálculo. Pero era menester que estuviese enteramente equipada la tercera de las escuadras de alto bordo, que era la de Tolón, y desgraciadamente no lo estaba. Tenía reservada el primer cónsul para ejecutar una gran combinación, cuyo secreto nadie, ni aún su ministro de Marina sabía. Esta combinación iba madurando lentamente en su cerebro, sin revelar á nadie cosa alguna, y dejando á los ingleses en la persuasión de que la escuadrilla debía bastarse á sí misma, puesto que tan completamente se la armaba y que diariamente se la exponía á combatir con fragatas y con navíos.

Aquel hombre tan osado en sus concepciones, era al realizarlas el más prudente de los capitanes. Aunque tenía ciento veinte mil soldados reunidos y dispuestos, no quería salir sin el auxilio de la escuadra del Texel que conducía veinte mil hombre, sin la escuadra de Brest que llevaba á bordo diez y ocho mil y sin las escuadras de la Rochela, del Ferrol y de Tolón, cuyo encargo era dejar expedito el estrecho por medio de una maniobra profundamente meditada.

Dedicábase con ahinco á tener todos estos recursos dispuestos para febrero de 1804, y se lisonjaba de conseguirlo, cuando ciertos graves acontecimientos, ocurridos en el seno de la república, distrajeran de repente su atención, aunque momentáneamente, de la grande empresa en que el mundo entero tenía fijos los ojos.

(1) Damos el extracto de una carta del ministro Decrès, que era entre todos los que servían á Napoleón el que se hacía menos ilusiones, que prueba que se creía que la escuadrilla podría pasar el estrecho con solo sacrificar un centenar de naves.

Boloña, 7 de enero de 1804.

El ministro de Marina al primer cónsul.

Empiézase á creer firmemente en la escuadrilla que la salida es más cierta de lo que se pensaba, y se me ha prometido seriamente disponerse para verificarla. El entusiasmo no permite ver el peligro, y nadie ve en ella más que á César y su fortuna.

Las ideas de los subalternos no traspasan el límite de la rada y de su corriente: hablan del viento, del anclaje y de la línea acoderada como si fueran ángeles. Por lo que hace á la travesía es negocio de su incumbencia de usted; usted sabe más que ellos sobre el particular, y por cierto que valen más sus ojos que todos los anteojos que ellos usan: cuanto usted diga es para ellos artículo de fe.

Otro tanto le sucede al mismo almirante, el cual hasta ahora no le ha presentado á usted plan ninguno porque realmente no lo tiene; verdad es que tampoco se le ha pedido. La ejecución será la que decida cuando llegue su hora. Es muy posible que llegue el caso de tener que sacrificar cien naves, que atraigan la atención del enemigo, para que las demás, partiendo mientras ellas sufren su derrota, lleguen sin obstáculo al otro lado.

No bastaría un tomo en folio para desarrollar las ideas que sobre este punto tiene concebidas. ¿Cuál será la que adopte? Las circunstancias lo decidirán... (N. del A.)

LIBRO DÉCIMOCTAVO

CONSPIRACIÓN DE JORGE

Temores de la Inglaterra al ver los preparativos que se hacen en Boloña. — Cómo entiende generalmente la guerra esta potencia. — Opinión que en un principio hacen nacer en Londres los proyectos del primer cónsul; terror que finalmente éstos inspiran. — Medios imaginados para resistir á los franceses. — Discusión de estos medios en el Parlamento. — Vuelve á entrar Pitt en la Cámara de los Comunes. — Su actitud y la de sus amigos. — Fuerza militar de los ingleses. — Whidham pide la formación de un ejército regular á imitación del ejército francés. — Limitanse á formar un ejército de reserva y un cuerpo de voluntarios. — Precauciones adoptadas para la guarda del litoral. — El gabinete británico vuelve á adoptar los medios antiguamente practicados por Pitt, y fomenta las tramas de los emigrados. — Intrigas de los agentes diplomáticos ingleses, Drake, Smith y Táylor. — Los príncipes refugiados en Londres se reúnen con Jorge y con Pichegrú, y entran en una conspiración para asaltar al primer cónsul con una turba de chuanes en el camino de la Malmaison. — Para asegurar la adhesión del ejército en caso de buen éxito, se dirigen al general Moreau, cabeza de los descontentos. — Intrigas de un cierto Lajolais. — Locas esperanzas que hacen concebir ciertas palabras del general Moreau. — Primera salida de un tropel de chuanes dirigido por Jorge. — Su desembarco en la costa de Biville; su marcha por la Normandía. — Jorge, oculto en París, se ocupa en disponer medios de ejecución. — Segundo desembarco de Pichegrú y de varios emigrados de alta jerarquía. — Entrevista de Pichegrú con Moreau. — Muéstrasele éste exasperado contra el primer cónsul, deseoso de su caída y de su muerte, pero de ningún modo dispuesto á cooperar á la vuelta de los Borbones. — Disgusto de los conjurados. — Su desaliento y pérdida de tiempo que ocasiona. — El primer cónsul, á quien desde la destitución de monsieur Fouché servía mal la policía, descubre el peligro que le amenaza. — Manda entregar á una comisión militar á varios chuanes prendidos recientemente, para obligarles á revelar cuanto sepan. — Consigne de este modo un descubridor. — Llégase á denunciar toda la trama urdida. — Sorpresa que causa el averiguar que Jorge y Pichegrú están en París, y que Moreau es su cómplice. — Consejo extraordinario, y resolución de prender á Moreau. — Disposiciones del primer cónsul. — Indulgencia de éste para los republicanos, y su cólera contra los realistas. — Resuelve castigar á éstos de una manera ejemplar. — Encarga al gran juez que le envíe á Moreau para terminarlo todo con una explicación personal y amistosa. — La actitud de Moreau ante el gran juez deja frustrada esta buena resolución. — Los conjurados prendidos declaran unánimemente que debía ponerse á su frente un príncipe, y que tenían proyecto de entrar en Francia por la costa de Biville. — Resuelve el primer cónsul capturarlo y entregarle á una comisión militar: envía al coronel Savary á la costa de Biville para esperar al príncipe y prenderlo. — Ley terrible declarando reos de muerte á los ocultadores de los conjurados. — Ciérranse las barreras de París por espacio de varios días. — Arrestos sucesivos de Pichegrú, de los Polignac, de Riviere y del mismo Jorge. — Declaración de Jorge. — Declara haber venido para atacar al primer cónsul á viva fuerza. — Nueva confirmación de que un príncipe debía ponerse al frente de los conjurados. — Aumenta la exasperación del primer cónsul. — Expectativa inútil del coronel Savary en la costa de Biville. — Investigaciones que se emprenden para averiguar el paradero de los príncipes de la casa de Borbón. — Cúlpase al duque de Enghien, que vivía en Ettenheim, en las orillas del Rin. — Envíase á adquirir noticias á un subteniente de gendarmes. — Informe erróneo de este subteniente, y coincidencia fatal de su informe con una nueva declaración de un criado de Jorge. — Error y ciega cólera del primer cónsul. — Consejo extraordinario, de cuyas resultas se resuelve el apoderarse de la persona del príncipe. — Su rapto y su traslación á París. — Descúbrese parte del error, pero demasiado tarde. — El príncipe, puesto á disposición de una comisión militar, es fusilado en un foso del castillo de Vincennes. — Carácter de este suceso funesto.

Empezaba la Inglaterra á mostrar inquietud por los preparativos que se hacían enfrente de sus costas, á los cuales tan poca importancia había dado en un principio.

La guerra, en general, para un país insular que no toma parte en las grandes contiendas de las naciones sino con naves, por lo común victoriosas, y todo lo más con ejércitos que llevan el carácter de auxiliares, es un estado de poca inquietud que no altera el público reposo ni turba siquiera el curso diario de los negocios; y prueba de esto es la estabilidad del crédito en Londres, en medio de las mayores efusiones de sangre humana. Si á estas consideraciones se agrega que el ejército se compone de gente mercenaria, y la escuadra de hombres de mar á quienes importa muy poco ir á bordo de los buques del Estado ó á bordo de naves mercantes, y para quienes por el contrario son las presas un aliciente muy poderoso, se comprenderá aún mejor que para un país semejante sea la guerra una

carga que se resuelve sencillamente en impuestos, una especie de especulación en que se cruzan millones con objeto de conseguir salidas comerciales más extensas y abundantes. Sólo para las clases aristocráticas, que mandan las escuadras y los ejércitos, que derraman su sangre mandándolas, que aspiran finalmente á propagar la gloria de su país, tanto como á proporcionarse nuevas salidas, ofrece la guerra gravedad y peligros, aunque sin embargo no les cause grandes ansiedades porque no parece existir para ellas el amago de una invasión.

Tal era la guerra que Windham y Grenville, y el débil ministerio que en pos arrastraban, creían haber promovido en su patria. Habían oído hablar bajo el Directorio de barcos chatos, pero tan á menudo y con tan poco resultado, que concluyeron por no dar el menor crédito á lo que de esa especie de naves se contaba. Más experimentado sobre este punto que sus compatriotas sir Sidney Smith, porque había visto ya á los franceses, ya á los turcos, y á los ingleses mismos, des-

embarcar en Egipto á pesar de cruceros formidables, y á pesar de vigorosos combatientes apostados en la ribera, dijo una vez en la tribuna del parlamento, que se podrían en rigor reunir sesenta ú ochenta chalupas cañoneras en la Mancha, y aun ciento, caso de querer exagerarlo todo, pero que jamás se reuniría mayor número, y que veinticinco ó treinta mil hombres eran la fuerza mayor que se podría transportar á Inglaterra. Según este oficial, el peligro más grave que después de aquel pudiera preverse, era la invasión de la Irlanda por un ejército francés, doble ó triple del que en otro tiempo había hecho irrupción en aquella isla; ejército que después de agitar y asolar más ó menos el país, acabaría como el precedente por sucumbir y entregar las armas. Por otra parte, quedaban siempre vivas en Europa sordas enemistades contra la Francia, y odios que, reanimados en breve, debían distraer las fuerzas del primer cónsul de la isla y volverlas á llamar hacia el continente. Por lo tanto, lo más que había que temer era otra guerra como la de los primeros días de la revolución, señalada nuevamente con unas cuantas victorias del general Bonaparte sobre los austriacos, pero con todas las probabilidades ordinarias del desconcierto en un país inconstante como la Francia, que en quince años no había sabido soportar tres años seguidos un mismo gobierno, y con la ventaja permanente para la Inglaterra de nuevas conquistas marítimas. Estas previsiones llegaron á realizarse merced á muchos errores é infortunios; pero ahora veremos que por espacio de muchos años, la Gran Bretaña vió amenazada hasta su propia existencia por peligros de gravedad suma.

La confianza de los ingleses se desvaneció muy pronto al aspecto de los preparativos que en la costa de Boloña se hacían. Se oyó hablar de mil á mil doscientos barcos chatos (aun se ignoraba que pasaran de dos mil), y fué grande la sorpresa; pero se restableció un tanto la calma dudando que fuera posible su reunión, y especialmente el abrigar en los puertos de la Mancha tan crecido número de navés. Más la reconcentración de estos barcos chatos en el estrecho de Calais, verificada á despecho de numerosos cruceros ingleses; su excelente aspecto y su práctica en la navegación y en los fuegos; la construcción de dársenas espaciosas para abrigarlos; la formación de baterías formidables para proteger su anclaje; y por último, la reunión de ciento cincuenta mil hombres dispuestos á embarcarse, desvanecieron en ellos una por una todas las ilusiones de aquella seguridad jactanciosa. Entonces se empezó á reconocer que semejantes preparativos no podían dirigirse á un mero amago, y que se había provocado con harta inconsideración y ligereza al más osado y diestro de los hombres. Había, es verdad, ingleses rancios confiados en la inviolabilidad de su isla, que no creían en el peligro con que se les amenazaba; pero el gobierno y los jefes de partido no creían que en aquella duda fuese lícito entregar á la ventura la seguridad del suelo británico. Veinte ó treinta mil franceses, por valientes que fueran y bien dirigidos que estuviesen, no les hubieran intimidado; pero ciento cincuenta mil hombres con el general Bonaparte á su frente, causaban en todas las clases de la nación un verdadero terror pánico. Ni era esto un indicio de pusilanimidad ó falta de ardimiento, porque con harta razón hubiera podido temer el pueblo

más valiente del mundo ante un ejército que había consumado hechos tan grandes, y que estaba reservado para tantas nuevas hazañas.

La gravedad de esta situación aumentaba con la circunstancia de la inmovilidad en que permanecían las potencias continentales. El Austria no quería por ciento ó doscientos millones atraer sobre sí el escarmiento reservado para la Inglaterra. La Prusia tenía con la Francia mancomunidad de intereses, aunque no de simpatías. La Rusia censuraba á los dos beligerantes, y se erigía en juez de su conducta, pero no se pronunciaba formalmente por ninguno de ellos. Si los franceses no marchaban al Norte traspassando el Hannóver, no había probabilidad, al menos por entonces, de arrastrar al imperio ruso á hacer la guerra; y era evidente que no pensaban proporcionarle semejante pretexto para tomar las armas.

Los preparativos no podían menos de ser proporcionados á la gravedad del peligro. Por lo tocante á la marina, no había mucho que hacer para conservar la superioridad sobre la Francia. Ya antes del rompimiento se habían armado desde luego sesenta navíos de línea y reclutado ochenta mil marineros; después creció el número de los navíos hasta setenta y cinco, y el de los marineros hasta cien mil, así que la guerra quedó declarada. Completaban este armamento cien fragatas, y una cantidad infinita de bergantines y corbetas. Se mandó á Nelson ocupar el Mediterráneo con una fuerza naval escogida, bloquear á Tolón y emprender una nueva tentativa contra el Egipto; á lord Cornwallis se le encargó bloquear en persona, á la cabeza de otra escuadra, el puerto de Brest, y por medio de sus lugartenientes á Rochefort y el Ferrol; por último, á lord Keith, que mandaba las fuerzas navales reunidas de la Mancha y del mar del Norte, se le encargó que custodiase las costas de Inglaterra y vigilase las de Francia. Tenía éste por lugarteniente á sir Sidney Smith; cruzaba con navíos de setenta y cuatro, fragatas, bergantines, corbetas y cierto número de lanchas cañoneras, desde la desembocadura del Támesis hasta Portsmouth, y desde el Escalda al Soma, protegiendo por un lado las riberas de la Inglaterra y bloqueando por el otro los puertos de Francia. Al menor movimiento que se advirtiese en nuestros puertos, debían dar la alarma una línea de barcos ligeros que, por medio de señales convenidas, se correspondía en toda aquella extensión de mar.

Con estas medidas creían los ingleses haber condeñado á la inmovilidad á nuestras escuadras de Brest, de Rochefort, del Ferrol y de Tolón, y haber constituido en el estrecho una vigilancia bastante satisfactoria.

Pero se necesitaba hacer mucho más ante un peligro de especie enteramente desconocida, cual era el de una invasión del territorio británico. Los marinos, con quienes se había consultado, habían declarado casi unánimemente, y sobre todo al ver los preparativos del primer cónsul, que era imposible asegurar que no podrían los franceses desembarcar en las costas de Inglaterra favorecidos por una bruma, una calma ó una larga noche. El nuevo Faraón podía, sin duda alguna, verse precipitado en las olas antes de aportar á la orilla; pero una vez desembarcado, no ya con ciento cincuenta mil hom-

bres, sino con cien mil y aún con ochenta mil solamente, ¿quién sería capaz de hacerle frente? Aquella nación altanera, que tan poco se había curado de los infortunios del continente, que no había titubeado en renovar una guerra que estaba acostumbrada á hacer con sangre ajena, y con un oro del cual es siempre pródiga, se veía ahora reducida á sus propias fuerzas, obligada á armarse y á no confiar ya á gente mercenaria, por otra parte asaz escasa, la defensa de su propio suelo. Ella, tan jactanciosa de su marina, reconocía ya con pesar la necesidad de tener en tierra tropas que oponer á los formidables soldados de Bonaparte.

La formación de un ejército era, pues, á la sazón el objeto de todas las discusiones en la Cámara de los Comunes; y como el espíritu de partido aparece siempre más ardiente cuanto más grandes son los peligros que amagan, vinieron á estrellarse y combatirse, á propósito de esta cuestión de guerra y del modo de sostenerla, los principales personajes de las fracciones opuestas del parlamento.

El débil ministerio Addington había sobrevivido á aquellos errores, y seguía dirigiendo, aunque ya por poco tiempo, la guerra que tan ligera y criminalmente había dejado renacer. La mayoría del parlamento bien sabía que era inferior al encargo que sobre sí había tomado; pero no queriendo provocar un cambio de gabinete, lo mantuvo contra sus adversarios, y aun contra Pitt, á quien, sin embargo, deseaba ver al frente de los negocios.

Este poderoso jefe de partido había vuelto al parlamento, llamado á él por su secreta impaciencia, por la gravedad de los peligros públicos, y por su odio á la Francia; pero aunque siempre se mostró más moderado que sus auxiliares Windham, Grenville y Dundas, esta vez, sin embargo, una votación reciente le enseñó á ser más moderado todavía. En efecto, se había querido formular un voto de censura contra el ministerio, y sólo ciento cuarenta y tres votos se declararon por la afirmativa. La mayoría, por una disposición asaz frecuente en las asambleas políticas, hubiera querido, sin pasar por un trastorno ministerial, colocar en el timón del Estado los hombres más afamados y capaces. Pero mientras se resolvía su nueva entrada en el ministerio, Mr. Pitt tomaba parte en todas las discusiones casi como si fuera ya ministro, aunque más bien para apoyar y completar las medidas del gobierno que para contradecirlas.

La principal de estas medidas era la organización del ejército inglés. La Inglaterra tenía un ejército disperso en la India, en América, y en todos los apostaderos del Mediterráneo, compuesto de irlandeses, hannoverianos, heseses, escoceses, suizos y aun malteses, y formado por la maña de los reclutadores, tan extendida en Europa antes de la institución de la conscripción ó quintas. Habíase conducido dignamente en Egipto, como ya anteriormente manifestamos; ascendía á cerca de ciento treinta mil hombres, y sabido es que con un número tan crecido, se necesita muy buena administración para sacar ochenta mil capaces de servicio activo. A esta fuerza, cuya tercera parte por lo menos absorbía la custodia de la Irlanda, se agregaban cincuenta mil hombres de milicias, nuevamente aumentados hasta setenta mil, tropa nacional á la cual no se podía sacar

de la provincia, y que jamás había visto el fuego. Conducíanla oficiales retirados y señores ingleses, llenos de patriotismo sin duda alguna, pero poco entendidos en la guerra, y demasiado novicios para habérselas con las legiones veteranas que habían vencido á la coalición europea.

Había, pues, que poner remedio á semejante insuficiencia; el ministerio, aconsejado por los militares más instruídos, concibió la idea de crear un ejército llamado de reserva, de cincuenta mil hombres, compuesto de ingleses alistados por suerte, y que no pudiera emplearse sino en la extensión del Reino Unido. De este modo se pensaba completar la tropa de línea, dándole un refuerzo de cincuenta mil hombres. El reemplazo era permitido, pero en atención á las circunstancias no podría menos de hacerse á un precio sumamente subido. Escaso recurso era éste, y sin embargo, no era posible hacer más á la sazón. Mr. Windham, adoptando el principio de la guerra, atacó la proposición como insuficiente. Pidió la creación de un gran ejército de línea que formado sobre los mismos principios que el ejército francés, esto es, por medio de la quinta, estuviese en un todo á las órdenes del gobierno y pudiera ser llevado á todas partes. Dijo que el proyecto del ministerio se limitaba á una mera extensión de la milicia, y que las nuevas tropas valdrían tan poco como ésta comparadas con los experimentados veteranos que había que combatir; perjudicaría al alistamiento del ejército por la facultad de reemplazar, introducida en la nueva ley, porque los individuos dispuestos á servir hallarían más cómodo entrar como substitutos en el ejército de reserva que alistarse en el ejército de línea; añadió también que un ejército regular, formado con la población nacional que pudiera trasladarse á cualquier punto donde se hiciese la guerra, y por consiguiente con medios para hacerse aguerrido, era la única institución que se podía oponer á las tropas del general Bonaparte.— El diamante, decía Mr. Windham, no se corta sino con el diamante mismo.

La Inglaterra, que tenía ya una marina, quería también tener un ejército de tierra, ambición muy natural, porque rara vez se observa que una nación grande en cualquiera de esos dos elementos no quiera serlo también en el otro. Pero Mr. Pitt impugnó aquella proposición con una respuesta digna de una razón fría y positiva. Todas las ideas de Windham eran excelentes en su concepto; pero ¿cómo crear un ejército en unos cuantos días? ¿Cómo hacerle aguerrido? ¿Cómo proporcionarle la oficialidad necesaria para llenar sus cuadros? Semejante institución no podía ser obra de un momento: lo único que en la actualidad podía hacerse era lo propuesto por el ministerio; y hartó era ya organizar los cincuenta mil hombres que se pedían, instruirlos y darles buenos oficiales de todas las graduaciones. Suplicó Pitt por estas consideraciones á su amigo Windham, que renunciase á sus ideas, por entonces al menos, y que se adhiriese al plan del gobierno.

Mr. Windham no hizo caso del consejo de Pitt, é insistió en su sistema apoyándole con nuevas y más poderosas consideraciones; y hasta pidió un levantamiento en masa como el que se había hecho en Francia en 1792, y censuró al débil ministerio Addington de no haber pensado en este gran recurso de todo pueblo que ve

amenazada su independencia. Este enemigo de la Francia y de Napoleón, por un efecto del rencor asaz frecuente, encontró elogios para lo que más aborrecía, y casi exageró nuestra grandeza, nuestro poderío, y el peligro en que el primer cónsul ponía á la Inglaterra para hacer resaltar más la falta del ministerio inglés en no tomar suficientes precauciones.

Sin embargo, se votó el ejército de reserva, á pesar de los desprecios del partido Windham que lo apellidaba aumento de milicias. Contábase con esta combinación para aumentar la tropa de línea; pues se esperaba que los individuos á quienes tocaba la suerte de servir, mejor querían alistarse en este ejército que en cualquiera otro. De este modo aumentarían sus cuadros con unos veinte ó treinta mil reclutas.

Pero creciendo el peligro de hora en hora, y siendo sobre todo menos probable cada día la cooperación del continente, se recurrió á la proposición del partido más exagerado, y se admitió por fin la idea de un levantamiento en masa. Solicitó el ministerio, y obtuvo, la facultad de llamar á las armas á todos los ingleses, desde diez y siete hasta cincuenta y cinco años. Los voluntarios, y á falta de éstos los individuos designados por la ley, debían ser formados en batallones, é instruídos durante cierto número de horas cada semana. Para indemnizarles la pérdida de tiempo que sufriesen, se les debía abonar un tanto; pero esta disposición sólo comprendía á los voluntarios que pertenecían á la clase de artesanos.

Precisado esta vez Mr. Windham á reconocer que se adoptaban sus ideas, dió en quejarse de que se planteaban mal y demasiado tarde, y criticó diversos pormenores de aquella medida. Se aprobó ésta, sin embargo, y vióse en poco tiempo en las ciudades y condados de Inglaterra á la población llamada á las armas hacer todas las mañanas el ejercicio, con el uniforme señalado para los voluntarios. Vistieron este uniforme todas las clases. El respetable Mr. Addington se presentó en el parlamento con aquel traje, tan ajeno de sus hábitos y carácter, y aún fué algo ridiculizado por esta manifestación. El anciano rey, y su hijo el príncipe de Gales, pasaron en Londres revistas á que los príncipes franceses desterrados cometieron el imperdonable yerro de asistir. Reuniéronse en Londres unos veinte mil de estos voluntarios, número en verdad poco considerable para tan gran población; pero en los demás puntos de Inglaterra había bastantes para constituir una fuerza imponente, si hubieran sabido organizarla. Los soldados, y menos aún los oficiales, no se improvisan, y si en Francia se llegó á dudar del buen resultado de los barcos chatos, mucho más se dudaba en Inglaterra ahora de la eficacia de aquellas tropas voluntarias, si no por falta de valor al menos por su poca pericia y costumbre de hacer la guerra. Agréguese á estas medidas el proyecto de hacer fortificaciones de campaña alrededor de Londres, en los caminos que conducen á esta capital, y en todos los puntos más amenazados de las costas. Distribuyóse una parte de la fuerza activa desde la isla de Wight hasta la desembocadura del Támesis, y se estableció un sistema de señales para dar la alarma por medio de hogueras encendidas en toda la longitud de las costas, al primer indicio de presentarse los franceses. Se construyeron carros de una forma particular, para

llevar las tropas en posta á los puntos amenazados; en suma, hiciéronse en este lado del estrecho, lo mismo que en el otro, extraordinarios esfuerzos de invención para imaginar nuevos medios de ataque y de defensa, para dominar los elementos y sacar de ellos partido. Grande era el espectáculo que presentaban á la sazón á la faz del mundo las dos naciones, como atraídas hacia aquellas dos orillas; la una, acobardada cuando pensaba en la inexperiencia de sus armas, se tranquilizaba considerando aquel Océano que le servía de cintura; la otra, llena de confianza en su ardimiento, en su costumbre de guerrear y en el genio de su jefe, medía con la vista el brazo de mar que ponía á su ardor una barrera, se acostumbraba todos los días á despreciarlo, y se consideraba como segura de atravesarlo en breve en pos del vencedor de Marengo y de las Pirámides.

Ninguna de las dos pensaba que pudiese utilizar la otra más medios de los que la veía disponer. Los ingleses, creyendo á Brest y á Tolón rigurosamente bloqueados, no se figuraban que pudiese presentarse en la Mancha una escuadra; los franceses, ejercitándose diariamente en navegar en sus chalupas cañoneras, no imaginaban que pudiera existir otro modo de atravesar el estrecho. Ni unos ni otros sospechaban siquiera cuál fuese la principal combinación del primer cónsul: sin embargo, temían los unos y esperaban los otros algún súbito recurso de su genio; y esta era la causa del desaliento que reinaba en una orilla, y de la confianza que se advertía en la otra.

Fuerza es reconocer que los medios preparados para hacernos frente eran de poco valor si llegaba á atravesarse el estrecho, pues aún admitiendo que se llegaran á reunir entre Londres y la Mancha cincuenta mil hombres del ejército, y treinta ó cuarenta mil del ejército de reserva, y que se agregase á estas tropas regulares el mayor número posible de voluntarios, todavía faltaba mucho para igualar en fuerza numérica al ejército francés destinado á pasar el estrecho. Pero ¿qué hubieran podido, aunque logaran reunirse todos en número doble ó triple, contra los ciento cincuenta mil hombres que en diez y ocho meses conducidos por Napoleón, vencieron en Austerlitz, en Jena y en Friedland á todos los ejércitos europeos, aparentemente tan denodados como los ingleses, ciertamente más aguerridos, y cuatro ó cinco veces mayores? Eran, pues, en realidad de poco valor los preparativos de los ingleses, y su más segura defensa era el Océano; mas cualquiera que fuese el resultado definitivo, ya era un castigo bastante cruel para el gobierno británico esa agitación general de todas las jerarquías que distraía á la clase industrial de sus fábricas y talleres, á los comerciantes de sus negocios y á los magnates ingleses de sus moradas opulentas; aquella agitación, prolongada cierto tiempo, hubiera llegado á ser una desgracia inmensa y quizás un grave peligro para el orden público.

El gobierno británico en su ansiedad recurrió, para conjurar el golpe que le amenazaba, á toda clase de medios, aun á los que la moral más reprueba. Durante la primera guerra había fomentado insurrecciones contra los poderes de toda especie que en Francia se habían ido sucediendo; después, aunque estas insurrecciones fuesen de éxito poco probable con la enérgica administración del primer cónsul, mantuvo en Londres, y aun

señaló sueldos durante la paz, á todos los estados mayores de la Vendée y de la emigración. Esta constancia en conservar siempre á mano los culpables instrumentos de una guerra poco generosa, contribuyó poderosamente, según hemos visto, á enemistar de nuevo á los dos países. Las diversiones son sin duda alguna uno de los recursos más comunes de la guerra, y la insurrección de una provincia es una de las diversiones que se consideran como más útiles, y que con menos escrúpulo suelen emplearse. Que los ingleses tratasen de sublevar la Vendée, tornándose el recambio el primer cónsul tratando de sublevar la Irlanda, era cosa recíproca y muy acostumbrada; sólo que en las circunstancias presentes una insurrección en la Vendée estaba fuera de toda probabilidad. Emplear á los chuanes y á su caudillo Jorge Cadoudal, no podía tener por objeto más que intentar algún golpe de mano abominable como la máquina infernal, ó cualquiera otro semejante. Llevar el medio de la insurrección hasta la caída de un gobierno, es recurrir á una práctica de legitimidad muy cuestionable; pero proseguir este trastorno, atacando á las personas que gobiernan, es traspasar todos los límites del derecho de gentes admitido entre las naciones.

Los mismos hechos, fuera de esto, servirán para juzgar sobre el grado de complicidad de los ministros británicos en las criminales tramas nuevamente intentadas por los emigrados franceses refugiados en Londres. Recordarán nuestros lectores el formidable caudillo de los chuanes de Morbihán, Jorge Cadoudal, único entre los vandeanos presentados al primer cónsul, que, insensible á su ascendiente, se retiró primeramente á la Bretaña, y después pasó á Inglaterra. Vivía éste en Londres, en el seno de una verdadera opulencia, distribuyendo á los refugiados franceses las sumas que el gobierno británico les concedía, y pasando sus ocios en el trato de los príncipes emigrados, y en particular de los dos más activos, que eran el conde de Artois y el duque de Berry. Que estos príncipes quisieran entrar en Francia era cosa muy natural; que se propusieran conseguirlo por medio de la guerra civil, era cosa muy común, si no muy legítima; pero desgraciadamente para su honor, no podían ya contar con una guerra civil; no les quedaba otra esperanza que la de urdir tramas insidiosas.

La paz había desesperanzado á todos los desterrados, príncipes y particulares; la guerra les volvía sus esperanzas, no sólo porque les aseguraba la cooperación de una parte de Europa, sino también porque á su modo de ver debía acabar con la popularidad del primer cónsul. Mantenían correspondencia con la Vendée por medio de Jorge y por medio de los emigrados amnistiados con París. Cuanto ellos soñaban en Inglaterra, otro tanto lo soñaban en Francia sus partidarios, y las pequeñas circunstancias que confirmaban sus ilusiones trocaban inmediatamente á sus ojos estas ilusiones en realidad. Escribíanse, pues, unos á otros en su deplorable correspondencia, que la guerra iba á ocasionar un escarmiento funesto al primer cónsul; que su poder, ilegítimo para los franceses que permanecían fieles á la familia de los Borbones, y tiránico para los franceses fieles á la revolución, no tenía más que dos títulos para hacerse soporiar, el restablecimiento de la paz y el restablecimiento del orden; que uno de estos títulos desaparecía completamente después del rompimiento con la Inglaterra; que

el otro quedaba muy comprometido, porque era dudoso que pudiera mantenerse en medio de las ansiedades de la guerra. Iba, pues, á perder toda su popularidad el gobierno del primer cónsul, lo mismo que los gobiernos que le habían precedido.

La masa general, pacífica, debía cobrarle odio por aquella renovación de hostilidades con la Europa, y desde que las dificultades no parecían ceder ya ante su autoridad, debía creer menos en su estrella. Tenía además enemigos de diversas especies, de los cuales se podía sacar gran partido: primeramente los revolucionarios, y después los envidiosos de su gloria, que en el ejército pululaban. Hablábbase de la exasperación de los jacobinos. Suponíase á los generales muy poco satisfechos de haber contribuído á convertir en soberano á un igual suyo. De estas varias especies de descontentos había que crear un solo partido para derribar al primer cónsul. Cuanto de Francia se escribía, y cuanto respondían los de Londres, se dirigía constantemente á este proyecto; reunir entre sí á los realistas, jacobinos y descontentos del ejército, y formar con ellos un partido único para aniquilar al usurpador Bonaparte.

Tales eran las ideas que cobijaban en Londres los príncipes franceses, y con las que traían entretenido al gabinete británico, pidiéndole fondos que él por su parte prodigaba, sabiendo, de una manera general por lo menos, el empleo que se les daba.

Tramóse, pues, sobre este plan una vasta conspiración que se condujo con la experiencia característica de los emigrados, y se dió conocimiento de ella á Luis XVIII, retirado á la sazón en Varsovia. Este príncipe, siempre muy discordante con su hermano el conde de Artois, cuya estéril é imprudente actividad desaprobaba, reprobó semejante proposición. Singular era el cuadro que estos dos príncipes formaban: el conde de Artois era bondadoso, sin juicio; Luis XVIII era juicioso, sin bondad. El conde de Artois entraba en proyectos indignos de su corazón, que Luis XVIII desechaba como indignos de su buen seso. Resolvió al punto Luis XVIII permanecer extraño á todas las nuevas tramas á que iba á dar funesta ocasión la guerra. El conde de Artois, que se hallaba á gran distancia de su hermano, estimulado por su ardor natural, por las instancias de los emigrados, y lo que era aún más vergonzoso, por las de los ingleses mismos, entró en todos los proyectos que las actuales circunstancias originaron en aquellas cabezas trastornadas por una continua exaltación.

Las comunicaciones de los emigrados franceses con el gabinete inglés se verificaban por medio del subsecretario de Estado Mr. Hammon, á quien vimos figurar en diversas negociaciones. A él era á quien se dirigían para todo en Inglaterra. Fuera de ella se dirigían á tres agentes de la diplomacia británica, que eran el ministro en Hesse Mr. Táylor, el ministro en Stuttgart Mr. Spéncer Smith, y el ministro en Baviera Mr. Drake. Estos tres agentes, cercanos á nuestras fronteras, procuraban urdir en Francia toda especie de intrigas, y fomentar por su parte las que se tramaban en Londres. Correspondíanse con Mr. Hammon, y tenían á su disposición considerables sumas. Es difícil creer que estas tramas fuesen de la especie de esas oscuras insidias de la policía que á veces cometen los gobiernos como por vía de información, y á las cuales destinan cantidades de poca mon-